

Publicaciones mexicanas

EL joven poeta mexicano don Carlos Pellicer, que actualmente está en París, ha publicado un volumen poético titulado «Hora y 20».

Alguien ha contado la curiosa historia del viaje que ha llevado a este escritor a Francia. En una oportunidad, pocos meses antes de su muerte, Ingenieros conversaba con dos o tres amigos entre los cuales se encontraba Pellicer. El publicista argentino, que era en ese entonces huésped oficial de la república mexicana, le preguntó a Pellicer cuál era en ese instante su mayor anhelo. El poeta no tardó en responder: «Ir a París». «Vaya usted—le dijo Ingenieros;—yo tendré sumo placer en facilitarle el viaje». Pocos días más tarde, el poeta se embarcaba gracias a la generosidad de su amigo. Con este rasgo, tan delicado, tan lleno de significación para el alma de un artista, se despidió Ingenieros de su joven amigo, a quien ya no volvería a ver.

Y este libro, como es lógico, viene dedicado a Ingenieros, que realizó un sueño que Pellicer seguramente acariciaba como una quimera, más bella por ser, según creía, tan lejana.

Antes de que digamos algo de este libro, recordemos la figura de Carlos Pellicer, uno de los jóvenes poetas mexicanos de mayor porvenir. Lo conocimos cuando pasó por esta tierra, entre aplausos y gruñidos, la Embajada de Vasconcelos. Es un joven pálido, elegante, de facciones correctas, tal vez más europeas que aztecas, en las cuales el bigote sutil como una pincelada pone una sombra tenue encima del labio. Siempre correcto en el vestir, tiene una fisonomía abierta con la cual se corresponde un entusiasmo vivo y pronto. Ingenioso y culto, lo hemos

visto soportar con heroísmo discreto las exigencias de un protocolo ridículo y, lo que es más, la necedad ambiente. Porque cuando pasó Vasconcelos por Chile sucedieron cosas muy extrañas, que deben darnos rubor a todos los chilenos...

Pellicer nos dijo que era poeta, pero no nos trajo ninguno de los libros que entonces seguramente ya había publicado. Y en largas veladas, casi siempre nocturnas, que ocupábamos en errancias «a la belle étoile» o en visitas a amigos escritores y artistas, nos dió a conocer algunos de sus versos, en los cuales el acento mexicano ponía un dejo simpático, muy grato a nuestros oídos de chilenos.

Después se fué, una mañana luminosa, junto con todos los demás miembros de la Embajada, en todos los cuales las injurias y los denuestos, mal encubiertos, de una sociedad pigmea, apenas habían hecho mella. Y nada más hemos venido a saber de él, hasta ahora que recibimos este libro lleno de promesas y de palabras que danzan como movidas por un viento de mares y de horizontes libres, cuajados de pájaros en vuelo, pájaros con corazón de metal y motor de gasolina, se entiende.

Nada más moderno que este libro hermoso, admirablemente impreso por la Editorial París-América. En su portada nos sorprende un pequeño poema que es todo un sistema de filosofía:

Tengo la juventud, la vida
inmortal de la Vida.
Junta, amiga, tu copa de oro
a mi copa de plata. Venza y ría
la juventud, suba los tonos
a la dulzura de la dulce lira.

¿Nada más? Nada más. Nuestra época no escucha sino las voces breves como mandatos, que a veces son sólo un arrullo y otras apenas un quejido. Y tampoco hay en nuestra época la inquietante modernidad de que algunos hacen alarde. ¿Qué hay en esos versos que no lo hayan dicho ya a los hombres de todos los tiempos, Omar Kayan y Anacreonte? Pero si allí no hay novedad, no se puede decir lo mismo de los demás poe-

mas que componen este volumen. Hay entre ellos, en primer lugar no sólo por la ubicación, unas «Variaciones sobre un tema de viaje», dedicadas a Alfonso Reyes, que no podemos menos de mencionar con agrado. Son versos modernos, de toda modernidad, con imágenes que huyen fugaces, con evocaciones jugosas o fragantes, pero vivas y animadas siempre como el espíritu mismo del poeta. Citemos algunos de esos versos:

Noches con mares griegos en que el ruido
del hidroavión de plata de Odyseo
suscita huelgas en los altos nidos.
.....

Sobre la siesta tropical temblaba
mi adolescencia ante la dulce quinta
en que nubló Bolívar sus postreras mañanas.

Y maduré en el alma submarina
la perla viva que en sus iris llora
su más noble temblor de sangre herida.

Sangre augusta, la heroica
sangre del Héroe que disputan soles
brotados de palmeras a caobas.

Pero del sitio heroico al Sitio Santo
las palabras caminan silenciosas
con temblor de universos en las manos.

Nos encontramos sin duda ante la creación pura, ante esa poesía desligada de todo nexo lógico, de toda concreción objetiva, tal como la buscan hoy los poetas. Así *El recuerdo*, que tendríamos que copiar íntegramente; así algunos fragmentos hermosísimos, que cogemos aquí y allá, al azar de la lectura:

Mi corazón es tu alabanza,
palmera de mis días azules,
mujer fiel, como las playas
y los brazos eternos de las cruces.
.....

Media hora de sol pinta la aldea
sin gallos que es París.
.....

Esta fuente no es más que el varillaje
de la sombrilla
que hizo andrajos el viento.

Así mucho de los poemas que componen este libro que define a todo un poeta de los nuevos y de los buenos, que no siempre son los mismos, y nos afirma en la confianza que su trato familiar de unos cuantos días nos hizo concebir en Carlos Pellicer.

* * *

Las publicaciones oficiales son, por lo general, pesadísimas, faltas de gracia, de encanto y de interés. Su destino es el más sandio: no ser leídas y convertirse en estorbo de las bibliotecas, para caer después, a corto plazo, en un olvido absoluto. De las publicaciones oficiales chilenas podemos asegurar lo irremediable de tal destino. Ninguna de las impresiones que ordena hacer el Estado, salvo las obras de algunos escritores eminentes, sabe conquistar el aprecio del lector.

Hay una excepción a esta regla bastante sabida: las publicaciones oficiales mexicanas tienen cierto sabor especial, cierta atracción que seduce al lector. De mí sé decir que he leído, desde hace buen número de años, los boletines de la Universidad de México y de la Secretaría de Educación con excepcional agrado. Algo había en ellos capaz de vencer la resistencia que instintivamente opone el espíritu a este género de impresiones. Y para confirmarnos en la idea de que hay allí un resorte secreto que sólo manejan adecuadamente los mexicanos, he aquí que unos cuantos volúmenes de «Monografías bibliográficas», llegados desde México, nos sorprenden con su hermosa presentación y sus contenidos.

Uno de estos volúmenes se titula «Bibliografía de novelistas mexicanos» y se debe a la diligencia de don Juan B. Iguiniz.

Se ordenan en este libro noticias biográficas y bibliográficas bastante completas de los numerosos novelistas que han nacido en la república mexicana, desde antes de su independencia po-

lítica. Por esta enumeración venimos a comprobar la antigüedad que en México tiene la tradición literaria. Así José Joaquín Fernández Lizardi, más conocido por su seudónimo de *El pensador mexicano*, título de una revista que dirigió el escritor, publica en 1816 la primera novela mexicana y acaso la primera novela digna de tal nombre que se haya escrito en país americano: «El periquillo sarniento».

Una nota curiosa que hallamos en este libro es la referencia a una novela escrita por el primer Emperador de México, Agustín de Iturbide, trabajo de reconstrucción histórica cuyo valor literario seguramente es nulo, pero que tiene interés por ser obra de tan interesante personaje.

Pero no todo es lindo y digno de elogio en este libro. Un descuido, tan propio del trabajo bibliográfico, hace aparecer aquí al doctor español Gregorio Marañón como mexicano y como novelista. Su novela sería nada menos que su ensayo titulado «Biología de Don Juan», más apasionantes sin duda que las mejores novelas, pero que no tiene nada que ver con el género de Balzac y Dostoyevski.

Otra publicación bibliográfica ordenada por el gobierno mexicano es la «Bibliografía de sor Juana Inés de la Cruz», que escribió una investigadora norteamericana, Dorothy Schons y que fué traducida especialmente para esta edición.

La autora ha hecho un trabajo por demás inteligente y que revela singular esfuerzo y paciencia. No sólo conoce minuciosamente y describe con los tecnicismos de rigor las obras de la monja, desde sus ediciones originales hasta el día, sino que también persigue en libros viejos las referencias a la poetisa y junta así un número inmenso de noticias de primer orden.

No nos extraña, después de conocido este trabajo tan afortunado, la afirmación de don Genaro Estrada en la «Introducción» a este libro: «Como todavía la alta calidad de la obra literaria de Sor Juana Inés de la Cruz está esperando la edición crítica y definitiva—que deseamos ver realizada por mexicanos—no es ligero afirmar que el trabajo de la señorita Schons

es la mejor contribución con que puede contarse, hasta ahora, para llevar a cabo obra tan necesaria en las letras nacionales».

* * *

Otra publicación oficial mexicana que hace honor a todas las que se pudieran editar en el país es la revista «Forma», que se ha comenzado a publicar en Octubre del año último, bajo el patrocinio de la Secretaría de Educación y de la Universidad Nacional de México y dirigida por Gabriel Fernández Ledesma.

En su primer número, esta publicación incluyó un editorial suscrito por don J. M. Puig Casauranc, Ministro de Educación de México, que sirve para informar sobre los propósitos perseguidos por la revista. En este editorial se nos informa de un hecho lleno de significado y, desgraciadamente, muy singular y acaso reducido sólo al país en que ha sucedido. Es el caso que Fernández Ledesma tenía la intención de publicar una revista de arte y no hallaba manera de llevar a la práctica este anhelo, hasta que la Secretaría de Educación le proporcionó los medios necesarios para realizar su idea.

Los dos números de «Forma» que han llegado a nuestras manos nos convencen de muchas cosas importantes. Es una de ellas la existencia de la pintura en México, arte que cuenta con unos cuantos nombres—Montenegro, Ribera, Orozco—de fama ya continental. Otra es el peso de la tradición autóctona, fácilmente reconocible en multitud de aspectos del arte plástico mexicano, en trabajos decorativos, en la arquitectura, etc. Otra, en fin, la sana tendencia que actualmente inspira la mayoría de las actividades artísticas de México en la orientación marcada por el arte autóctono.

Y es evidente que el arte de los aborígenes mexicanos tiene un contenido respetable y una forma, o estilo que con razón figuran entre los más originales e interesantes de los que ha conocido la humanidad. La magnífica revista «Forma» nos muestra algunos de los trabajos de escultura indígena que se en-

cuentran en el Museo Nacional de México. Se trata de unos cuantos trabajos mayas y aztecas, en piedra, que representan figuras de animales, estilizadas en actitudes grotescas que perpetúan una impresión de perfecto humorismo. El pueblo que supo hacer esos trabajos, acaso siglos antes de la llegada de los conquistadores españoles, merece continuar influyendo en la obra de los artistas de hoy y ha conquistado en buena forma el derecho a la admiración de estos.

Pero no menos interesantes y sugestivas que las obras de antaño son las nuevas que nos señala «Forma» en sus dos números que tenemos a la vista. Un grupo de artistas: Orozco, Montenegro, Máximo Pacheco, David Alfaro Siqueiros, Guillermo Ruiz, Díaz de León, Juan Hernández, etc., dan fe de la existencia de una generación briosa, personal, inteligente, a la cual esperan muchas hermosas jornadas de triunfos artísticos. Fuera de esto, la revista nos ofrece muestras de artes decorativas, del progreso de la enseñanza de la pintura a los niños de las escuelas y muchos otros aspectos que interesan a las artes plásticas, preocupación central de «Forma».

No sólo hemos conocido, pues, una revista más, sino una revista digna de encomio por la labor que comienza a realizar con tanto empuje, con tan puro afán de arte.

RAÚL SILVA CASTRO.